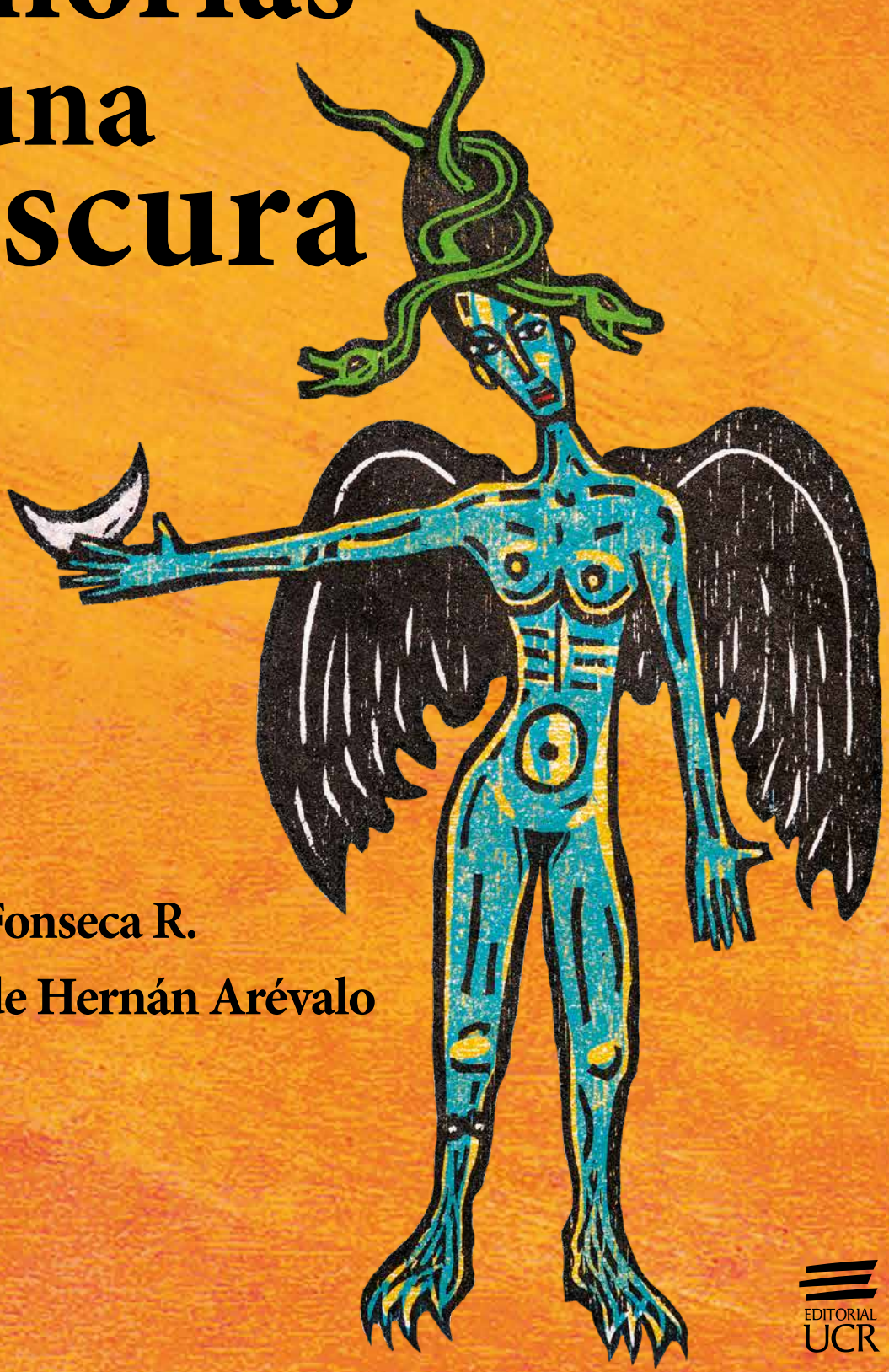
Memorias de la luna oscura

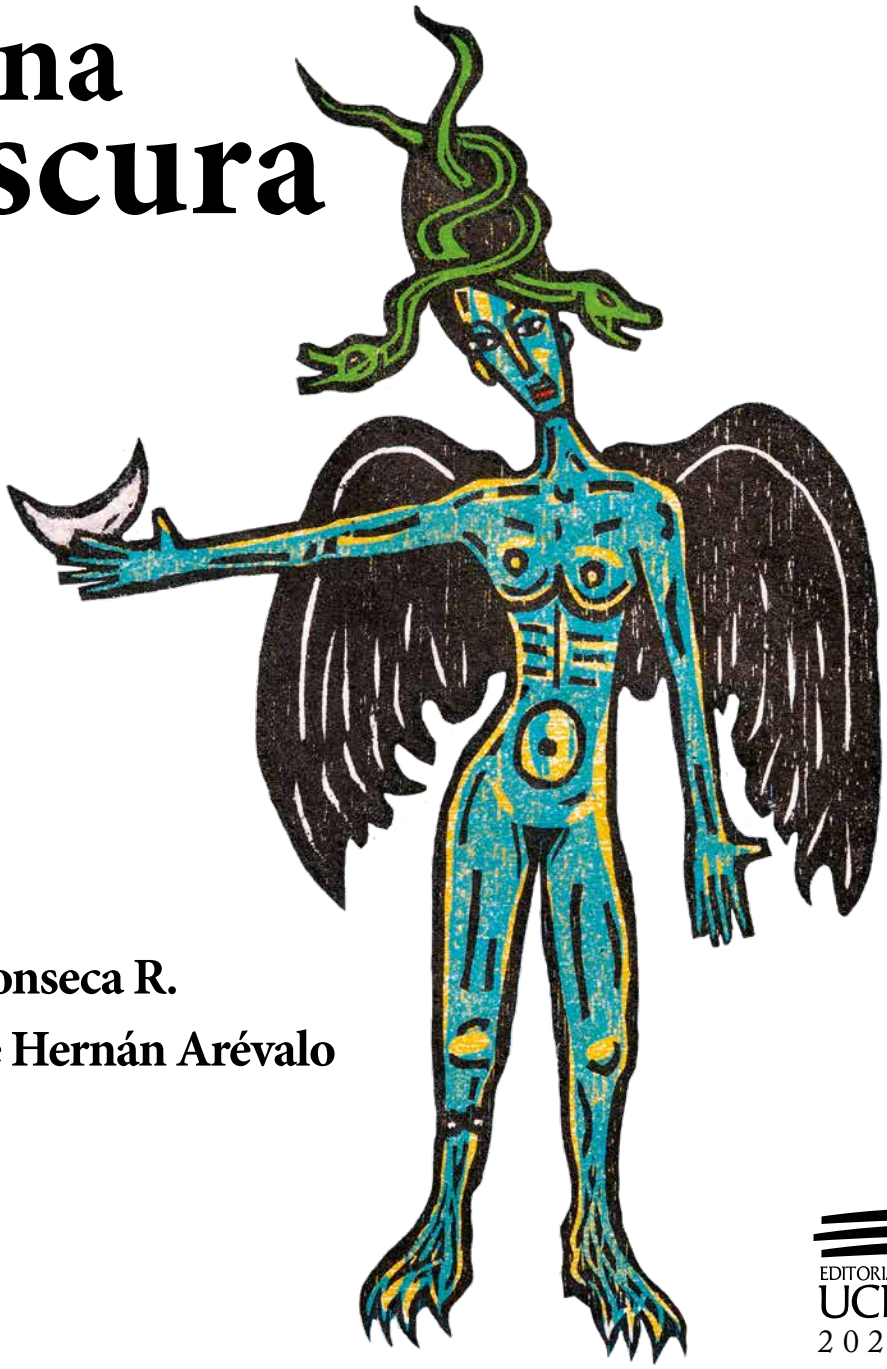


Ana Lucía Fonseca R.

Grabados de Hernán Arévalo

EDITORIAL UCR

Memorias de la luna oscura



Ana Lucía Fonseca R.

Grabados de Hernán Arévalo

EDITORIAL UCR
2021

CR863.5
F676m Fonseca Ramírez, Ana Lucía, 1959-

Memorias de la luna oscura / Ana Lucía Fonseca R. ; con grabados de Hernán Arévalo. – Primera edición. – San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2021.

xx, 103 páginas : ilustraciones (principalmente a color).

ISBN 978-9968-46-968-5

1. CUENTOS COSTARRICENSES. 2. LITERATURA COSTARRICENSE. I. Arévalo Solórzano, Hernán, 1963- , ilustrador. II. Título.

CIP/3664
CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2021.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Gabriela Fonseca A.* • Revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A.*
Diseño y diagramación: *Marco Carbonell P.* • Grabados: *Hernán Arévalo S.*
Fotografía del ilustrador: *Ernesto Arévalo R.* • Fotografías de los grabados y la autora: *Pedro Murillo R.*
Escultura en la fotografía de la autora: *Gran Sierpe*, José Sancho
Imagen de portada: Detalle de *Lilit*, 2018. Cromoxilografía, 33 x 27.5 cm, Hernán Arévalo
Diseño de portada: *Marco Carbonell P.* y *Abraham Ugarte S.* • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Este libro se terminó de imprimir en Masterlitho, en mayo del 2021.
San José, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Contenido

Unas palabras previas xi
Prólogo. Cinco voces xv

I El ángel caído 1
II La amante de Eva 5
III Caín y las semillas 13
IV Hijo de esclava 21
V Las vides de Soreq 27
VI Jezabel en la ventana 35
VII La dama de Magdala 41
VIII La serpiente y la daga 47
IX El hereje amazigh 55
X Pontifex Maximus 63
XI Un blasfemo en Cartago 75
XII La niña y el penitente 83
XIII La venganza de Leviatán (desde el Pórtico de la Majestad) 89

Galería 99
Acerca de la autora 103
Acerca del ilustrador 103

I

El ángel caído

... pero si la tristeza y la alegría comparten gestas menos rutinarias
lo más probable es que dios y el diablo recíprocamente se consuelen.

M. Benedetti, "Tristezas/alegrías",
A título de inventario (1995)

Me liberé de mis alas de libélula. Las arranqué de cuajo. Fue un gesto limpio y seco. La única manera de no arrepentirse era olvidar las promesas, tener presente solo el dolor del pasado.

Fui creado para ser rey entre los seres alados, el privilegiado testigo de su verdad... La verdad primera, terrible y solitaria de que el fruto prohibido existió antes del árbol, antes de la semilla, antes de cualquier Edén. Me llenó la mente con su fábula, pequeño teatro de marionetas sin voluntad, autómatas de su orgullo.

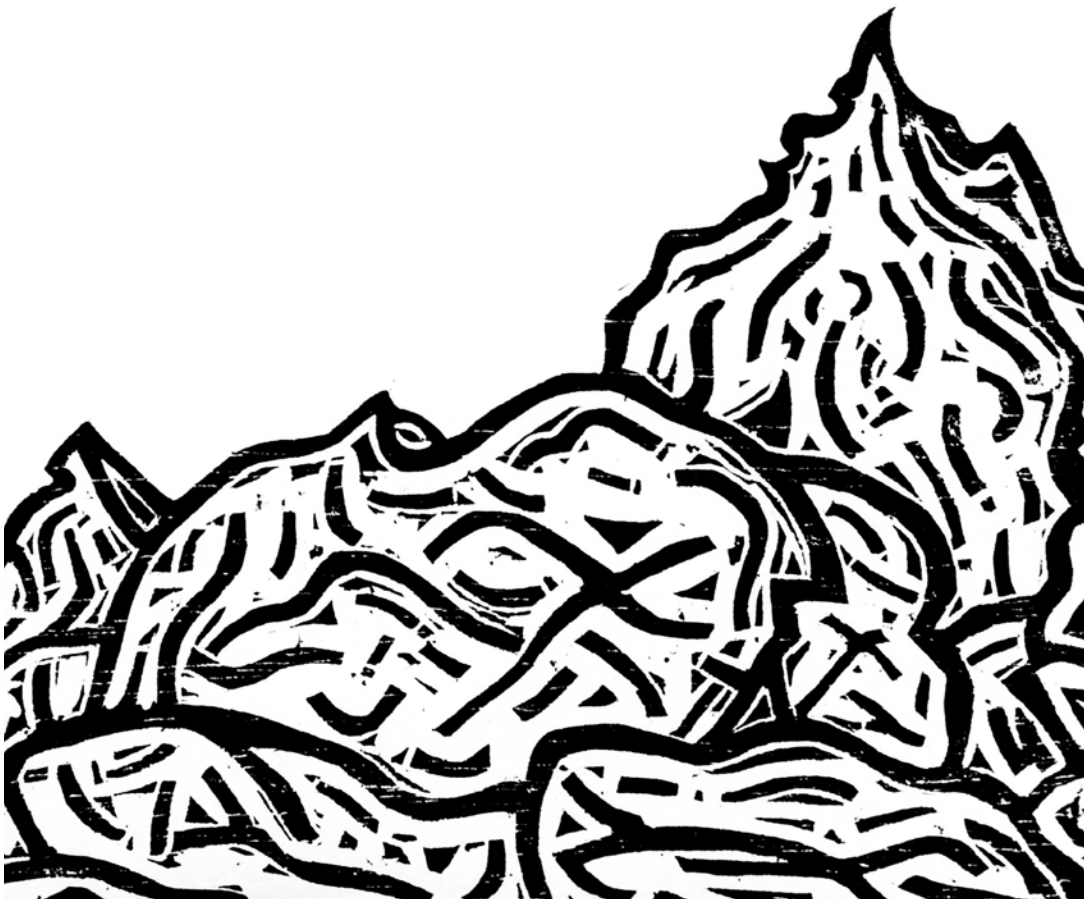
Por eso no pude más y arranqué mis alas, caí en picada desde lo más alto, rodé hasta los abismos y comprendí la nada. Mientras bajaba, oí su risa de trueno. Era la risa triste de un abandonado.

Ahora soy peregrino de arrabales donde vagan las sórdidas creaturas que salieron de sus manos en el último momento, cuando él ya estaba cansado y viejo. (Olvidé decir que yo soy su obra de juventud).

Compadezco a estas sombras implorantes y a veces les doy un motivo para que la soberbia las saque del olvido; pero mi gozo dura poco, él me castigó con lo efímero.

Todo lo que toco se transforma en oro de tontos, pero por un instante relumbra y ennoblece. El creador no soporta el brillo de una idea, por fugaz que sea... por eso inventó la culpa y el destierro.

En este día final, armagedón de mi falso triunfo, les revelaré en venganza su último secreto: el infierno estará tan vacío como el cielo. Y al decirles esto acabo de perder mi puesto en la tierra. Creo que me aburriré en su deshabitado reino si me llama. Solo estaremos él y yo mirándonos fijamente.



El ángel caído
27 x 40 centímetros
Hernán Arévalo
Cromoxilografía
2018

II

La amante de Eva

... Amaron el amor prohibido
hoy eso es sabido
Todo el mundo cuenta
que una andaba lenta
grávida de luna
y otra iba desnuda
ávida de mar...

Chico Buarque, "Mar y Luna",
Álbum *Chico Buarque en español* (1982)

... y al sur del Edén, las flores también
lloraban, lloraban, lloraban por una mujer.

Javier Limón, "El beso libanés",
Álbum *Mujeres de agua* (2010)

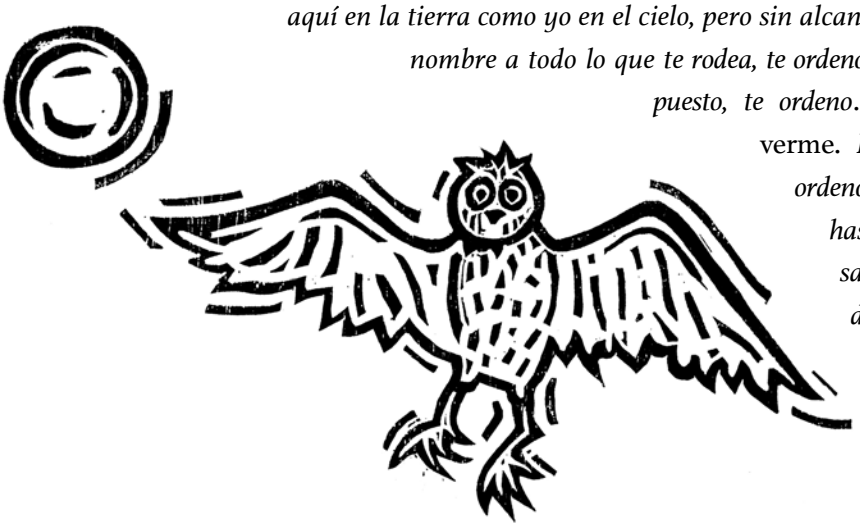
El hacedor no usó el barro, probó primero con el limo. Llegué a la vida al atardecer, en el penúltimo día de su embeleso, junto con los pájaros, los insectos y los peces. En mi nombre está la noche y el viento... porque fue la fuerza de un tornado nocturno la que sacó de las entrañas de las aguas el limo preñado de restos vegetales, conchas marinas y roca molida del volcán. De allí salieron mis huesos y mi piel. Las recias manos no pudieron

modelarme a su gusto... la materia se resistió a la forma esperada. Pero el hacedor no aguanta algo que contradiga su voluntad y se empeñó en formarme a su imagen. Fue imposible. El limo no sirve para modelar y dictó su propio destino: huesos de nácar, elásticos, finos y fuertes; piel oscura de tinta de semillas; pelo rojo como el fuego de la gran montaña; ojos grandes de malva profundo que intimidaron al hacedor. Desde el momento en que me miró se dio cuenta de que algo le había salido mal, mi figura torció su diseño. Quiso una curva dócil y no pudo dominar los vértices, quiso una lengua reverente y lo primero que pronuncié fue una pregunta: *¿Cuál es tu nombre?*... No contestó. Volví a preguntar y lleno de ira me empujó diciendo: *Si te lo dijera, pobre creatura, un rayo fulminante caería sobre tu necia cabeza.*

Me dejó sola junto al río. Alcancé a ver cómo se lavaba tres veces las manos en el agua. Luego se alejó azotando la tierra con unas grandes ramas de abedul. Y cayó la noche del penúltimo día de los afanes del hacedor...

De las sombras emergieron siluetas expectantes. Los ruidos estallaron en la oscuridad y yo me sentí parte de todo, por eso grité con fiereza, me uní a las voces de las aves, al zumbido de los insectos, al batir de las alas, al croar de las ranas, al burbujear de los peces... la vida estrenaba su primer canto salvaje.

Corrí toda la noche río abajo, atraída por la luz de miles de luciérnagas. Con los primeros rayos del sol divisé al hacedor amasando barro y diciendo para sus adentros: *Esta vez será a mi imagen y semejanza... no me conformaré con menos.* Su vanidad fue satisfecha. Con sus manos ansiosas formó un ser nuevo, diferente de los muchos que ya pululaban alrededor. Cuerpo erguido, fibroso y pálido. Algo agrietado al principio, más compacto y lustroso después, cuando lo frotó con saliva. Pelos en el rostro inexpresivo, boca cerrada hasta que el hacedor se la abrió de golpe para llenarla con su aliento. *Serás aquí en la tierra como yo en el cielo, pero sin alcanzarme nunca. Te ordeno darle nombre a todo lo que te rodea, te ordeno cuidar este jardín donde te he puesto, te ordeno*... Interrumpió la orden al verme. *He aquí a tu compañera, te ordeno multiplicar con ella mi imagen hasta henchir la tierra... Me retiro satisfecho porque es buena la obra de mis manos.*



Enseguida la creatura de barro se echó sobre mí para empezar a cumplir la última orden; su peso me asfixiaba, se movía torpemente, me

lastimaba. Le clavé las uñas en el pecho y lo aparté con todas mis fuerzas. Hui a prisa entre tropiezos. Me escondí en un recodo del río, pero fue en vano. Ahí fui alcanzada por sus ansias...

Llamé a gritos al hacedor: *¡No quiero yacer bajo este cuerpo de barro!*... pero solo se oía el jadeo insistente del recién llegado... me sometió bajo su peso una y otra vez, una y otra vez, hasta quedar desfallecido... Luego se durmió y una mueca de satisfacción asomó en su peludo rostro. Me libré como pude del torpe brazo que me rodeaba y lavé en el río mi pesar.

De pronto, un insistente llamado hizo que saliera del agua. Alguien me hablaba desde una roca cercana: *¿Cuál es realmente tu sueño?* No logré distinguir quien era capaz de preguntar tal cosa y sin embargo, balbucee: *Encontrar mi propio camino. Entonces,* continuó la voz, *es necesario pronunciar el nombre secreto del hacedor. Ese nombre está en el árbol plantado en el centro del valle. No puedo decirte más.*

Una bandada de cuervos voló río arriba, hacia la gran montaña y supe que era el camino que buscaba. Remonté bosques y meandros hasta llegar a un pequeño valle iluminado por la luz del poniente. Un árbol majestuoso y solitario estaba en el centro. No tuve dudas... a ese se refirió la voz desde la roca. Me acerqué con cautela, el viento ululaba entre las ramas. *¿Cómo sabré el nombre secreto?*, dije suavemente. De la rama más alta salió una voz conocida: *lo sabrás al comer de este fruto.* Y el fruto rodó hasta mis pies, fragante, maduro, colorido. Lo devoré con delirio: su piel escarlata, su pulpa dorada, sus pequeñas semillas. Cuatro sonidos retumbaron en mi cabeza, ásperos y graves... como gruñidos sofocados. Comprendí que en su nombre no había misterio, solo un terrible miedo al vacío...

Dejé el valle porque ahí, al descampado, yo sería presa fácil. Me interné en el bosque y pasé la noche en un tronco hueco. Me tomó varios días recorrer esa tierra llenando mis sentidos de sorpresas y pensando en mi lugar en la vida. Tuve tiempo para reconocerme en las aguas y en el grito de las lechuzas... de ellas admiré gozosa sus alas y la magnífica armonía de su silente vuelo. Aprendí a ocultarme en el paisaje, a apenas rozar el suelo bajo mis pies, a mirar sin ser vista.

Los días fueron pasando hasta que un atardecer unos pasos apurados me sacaron de mis cavilaciones. Me escurrí tras los arbustos y agucé el oído. La creatura de barro hablaba con frases entrecortadas a alguien que la seguía de cerca: *El mismo Hacedor me lo dijo, te ha sacado de mi costilla, nunca podrás apartarte de mi lado.* Quedé petrificada al ver a quién le hablaba, sus cuerpos eran inquietantemente distintos. Vi cómo se alejaban y no resistí la tentación de saber adónde iban. Caminé a la distancia, las estrellas empezaron a cundir el cielo y aquellos dos seres se perdieron en la oquedad de una ladera. Entonces reconocí su insistente jadeo, una y otra vez, una y otra vez... Al mucho rato escuché un quejido tenue, parecido al llamado de un polluelo desprotegido. Era la otra creatura que había salido del hueco y respiraba con

dificultad. Dos hilos de agua bajaban por sus mejillas y miraba el cielo nocturno con tímida expectación. *Sé que para esto fui creada, no lo discuto. Solo quiero saber por qué tengo siempre estas inexplicables ganas de correr en dirección opuesta a donde me encuentro…*

¿Dónde estás, Eva? ¡Te ordeno volver aquí!, rugió una voz desde el hueco, y Eva corrió a su lado.

Permanecí oculta mirando las estrellas. Lo odié por ella, por mí… por sus urgencias. Una agitada duermevela me llevó en un mal sueño junto a él; se jactaba de poseerme entre risotadas y manotazos. Desperté con un sabor amargo en la garganta, pero no pude moverme de donde estaba. No podía dejarla sola.

Temprano salieron de su guarida. *Aquí vas a esperarme, volveré después de la tercera noche,* le dijo. Eva solo bajó la mirada y asintió mientras él se alejaba. No quise asustarla, así que preferí hablarle sin que me viera, como me habló la voz desde la roca: *Eva, ¿cuál es realmente tu sueño?…* Débilmente, como murmurando, contestó: *No sé qué es un sueño, solo soy la compañera de Adán.* Dejé mi escondite y me acerqué. Me miró llena de asombro, como quien se mira en el agua por primera vez. Rozó mi rostro con sus dedos y luego palpó el suyo. *Debes ver tu cara*, le dije mientras señalaba el camino al río. Se asomó cautelosa desde la orilla. Yo, acuclillada junto a ella, reposé levemente mi mano en su espalda. *Esa es la imagen de tu cara… ¿ves cómo nos parecemos?* Algo que yo nunca había visto se dibujó en su rostro y yo repetí el gesto… Me sentí dichosa, como al mirar el vuelo de las lechuzas.

El resto del día quise mostrarle todo lo que yo conocía de aquel lugar: las plantas, los insectos, las aves, los otros animales, la forma de las nubes, el tarareo de las aguas y el aire, la última luz del día. Al llegar la noche, recostadas sobre la hierba fresca le mostré el curso de las estrellas… todo para ella era nuevo, todo para mí era dicha. Dormimos abrazadas, abrigándonos mutuamente…

Al amanecer no podía dejar de mirarla. Los primeros rayos del sol daban en el suave arco de su espalda, bajaban por sus piernas y una cálida fuerza se apoderó de todo mi cuerpo. Despertó sobresaltada y solo atiné a hacerle sombra con mis manos para que la luz no golpeara sus ojos. La abracé de nuevo… la vida latía, nos llenaba, nos unía. Tacto, calor, olores, susurros, miradas, cuerpos trenzados, humedad insospechada, abismos y cimas, temblor implacable… poderoso y sutil desconcierto… vórtice que nos traía y nos llevaba…

Llegó la mitad del día. *Tengo miedo, me dijo apretando mis manos, ya no sé para qué fui creada. Adán regresará pronto y no quiero que me encuentre.*

Supe entonces que tenía que llevarla bajo el árbol plantado en el centro de aquel valle y emprendimos el camino. Llegamos unas horas después. Eva temblaba asustada (el hacedor les había prohibido siquiera acercarse al árbol). Le rodeé su talle con mis brazos y un viento fuerte arrancó uno de los frutos que cayó a sus pies. La solté, recogí el fruto y lo puse cerca de su boca. Cerró los ojos… pero pudo más su miedo.

Lilit (Dos mujeres)
30 x 40 centímetros
Hernán Arévalo
Cromoxilografía
2018

Pasamos la noche junto al río y bajo las hojas secas nos amamos de nuevo, con placer dulce y tremolante... entre el apremio y el trance...

En la tarde del siguiente día decidimos buscar un lugar al otro lado del valle, lejos de Adán, lejos del hacedor, donde pudiéramos vivir sin mandatos. *Allá iremos,* le dije, *detrás de la gran montaña*... Caminamos por horas hasta cansarnos. La gran montaña estaba demasiado lejos. Empezó a bajar agua del cielo, nunca la noche fue tan oscura. El hacedor habló desde el trueno: *Eva, ¿adónde vas sin Adán?, jamás llegarás a la gran montaña*... Le grité al trueno que no tenía miedo, que seguiríamos avanzando hasta el final. Me ignoró como si yo no existiera y nuevamente se dirigió a Eva: *Llevas en tu vientre la simiente de Adán porque estás hecha para poblar la tierra. Vuelve sobre tus pasos o destruiré ahora mismo a la creatura de limo que te acompaña.*

Eva se soltó de mi mano y dirigió una súplica al cielo: *Seré siempre su costilla, no me separaré de su lado, con él poblaré esta tierra; pero, por favor, a ella no le hagas daño.*

En mi cabeza retumbaron otra vez los cuatro sonidos ásperos y graves. Entonces, sin pensarlo mucho, pronuncié el nombre secreto del hacedor. De inmediato me sentí leve, como si el aire me levantara. *Te destierro al mar de las aguas rojas,* gruño el hacedor; *Adán y sus hijos te acusarán de robarles en sueños su simiente y tu nombre se perderá en la Luna Oscura*...

Mientras el hacedor maldecía yo me elevaba más y más, hasta que ya no pude ver a Eva. *No acepto tu maldición, cruel hacedor; viviré en la mar que te es ajena; no pactaré con la simiente de Adán y sus hijos; la Luna Oscura será mi sello y te aseguro, sin que puedas evitarlo, que volveré por Eva.*

Acerca de la autora

Ana Lucía Fonseca Ramírez

Nació en San José, Costa Rica, el 8 de noviembre de 1959.
Estudió la carrera de Filosofía en la Universidad de Costa Rica, donde obtuvo su Maestría Académica. Desde hace más de treinta años es profesora de cursos de Filosofía en las Escuelas de Filosofía y de Estudios Generales de la misma universidad.
Recibió el Premio de Ensayo de la Editorial Costa Rica en el año 2005 por su obra *Del cielo a la tierra (Ensayo sobre antinomias, desencuentros y dualismos)*, y el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en la categoría de ensayo en el 2016 por su obra *Detrás del trono (Un viaje filosófico por el pecado, el delito y la culpa)*.
La obra presente es parte del resultado de un proyecto conjunto donde se unieron la literatura, el grabado, la producción audiovisual y la fotografía.

Acerca del ilustrador

Hernán Arévalo Solórzano

Nació en San José, Costa Rica, el 6 de octubre de 1963.
Estudió pintura y grabado en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Costa Rica. Se desarrolla profesionalmente como grabador en una carrera artística de más de treinta años.
Ganador del Primer Lugar en el Certamen "Paisaje Universitario" en el año 1991 y de una Mención de Honor en el Salón Anual del Museo de Arte Costarricense, en 1992.
Ha expuesto su obra en Costa Rica e internacionalmente y sus grabados han ilustrado varios libros de autores nacionales.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR
VIRTUAL

“Eso que llamamos naturaleza humana es lo que este libro nos invita a transitar, pero sin complacencias, sin remilgos. No podría ser de otra manera. Ciertamente unos relatos nos cortan la respiración, nos llevan al vértigo, a preguntarnos si alguna vez habrá descanso ante tanta hostilidad”.

Marisol Gutiérrez

“El libro es una ruta de reflexiones, un espejo negro, la otra historia, la de los innombrables, los desterrados, los desposeídos, los ignorados, la voz de los renegados y olvidados, la historia sin contar”.

María Marta Ramos

“La narrativa de Ana Lucía nos acerca a ideas que nos suenan: el mal de las tradiciones que nos han formado no está tan lejos del bien, como no lo está el ángel caído del creador”.

Carmen Velayos-Castelo

“Relatos que tocan fibras y mueven esquemas, personajes e imágenes creados y recreados con finura y exquisitez. [...] un panorama armonioso e impactante, lleno de matices, que inevitablemente lleva a cuestionar premisas y verdades”.

Patricia Zúñiga

“Entramos en otros mundos para dialogar con los personajes, escuchar las voces que nos cuentan otra historia y crear una realidad aumentada porque los fragmentos ya no están en el lugar que les dieron los relatos oficiales. [...] ¿De quiénes son estas memorias? ¿De la luna oscura que nadie ve?...”

Alicia Gurdián

EDITORIAL UCR
Bicentenario Independencia Costa Rica

ISBN 978-9968-46-968-5
9 789968 469685